

Espacio público: narrativas y deseos

Juan Carlos Pérgolis¹ (a) & Danilo Moreno² (b)

(a) Universidad Católica de Colombia, (b) Universidad Nacional de Colombia

Fecha de recepción: 01/07/2012. Fecha de aceptación: 15/12/2012.

Resumen

El eje del artículo es la mirada al espacio público como ámbito de la comunicación y de satisfacción a los “deseos de ciudad”, a través del cual se identificaron en las narrativas los mejores ejemplos: de Pamuk a Borges, de Calvino a Auster, no hay narrativa que no reconozca a la ciudad como el espacio existencial, constituido por lugares, tránsitos y recorridos, personas y acontecimientos. La vida urbana se caracteriza por lo simultáneo, lo múltiple y lo fragmentado, y la literatura, con su capacidad para sugerir imágenes y transmitir emociones, muestra el sentido de la vida a través de pequeños acontecimientos que se convierten en hitos en la memoria a nivel individual y que la narrativa convierte en momentos, en lugares de encuentros. Las imágenes —literarias— transforman la memoria en palabras y estas permiten compartir los recuerdos.

Palabras clave

Ciudad y literatura, narrativa urbana, memoria y acontecimiento.

Public space: narratives and desires

Abstract

The basis of the article is to look at public space as the domain for communication and for satisfying “the longing for the city”, an outlook by far identifiable within the best narrators: from Pamuk to Borges, from Calvino to Auster, all storylines recognize the city as the space for existence, a space made out of places, passages and paths, persons and events. Urban life exemplify the simultaneous, the multiple and the fragmented, and literature, with its capacity to suggest images and convey emotions, depicts life’s sense through small events that become a milestone for individual memories that narrative converts into moments and places for encounters. Literary images transform memory into words and these allow the sharing of reminiscences.

Keywords

City and literature, urban narrative, memory and event.

.....
¹M.Sc en Historia y Teoría del Arte y la Arquitectura, Universidad Nacional de Colombia. Arquitecto, Universidad Nacional de La Plata. austral77@hotmail.com

²Candidato a doctor en Literatura Iberoamericana y del Caribe por la Universidad de La Habana. M.Sc en Comunicación, Pontificia Universidad Javeriana. Periodista, Universidad Central.



Introducción

“Al hombre que cabalga largamente por terrenos salvajes, lo asalta el deseo de una ciudad [...] pero en la ciudad soñada él es joven [...] los deseos ahora son recuerdos”. *Las ciudades invisibles*, Ítalo Calvino.

Arriba. Estambul. Foto cortesía: Alfonso Guzmán Pinto

Hacia 1993, como grupo de investigación, empezó nuestra mirada y recorrido sobre la ciudad, territorio de formas y espacios, de arquitectura y urbanismo, de historia y de acontecimientos. Son ya varios años investigando las particularidades del espacio público, sus mensajes y los procesos que se dan en ese encuentro entre habitante y ciudad. Los primeros trabajos realizados fueron: *Bogotá fragmentada, espacio y cultura urbana a fines del Siglo XX* (Pérgolis, 1998) para la Universidad Nacional de Colombia y *Fragments de Ciudad* para la Pontificia Universidad Javeriana, en los que se hizo una aproximación a la ciudad desde la fragmentación y la simulación, no solo del espacio, sino de los comportamientos de los ciudadanos.

Quizás la hipótesis más importante que pudimos comprobar fue la que nos permitió demostrar que la ciudad del pensamiento moderno, esa ciudad organizada a partir de un único centro y dividida por espacios de acuerdo a su funcionalidad: para la vivienda, la industria, el esparcimiento y la circulación; esa ciudad que se intentó construir desde mediados de siglo XX, se rompió, pero no solo por el crecimiento

demográfico, sino por los comportamientos de los habitantes, la interacción con otros espacios, la incursión de los medios masivos en la vida social y la expansión de una ciudad con múltiples centros. Por eso concluimos que la vida urbana se caracterizaba, y sigue haciéndolo, por lo simultáneo, lo múltiple y lo fragmentado.

La ciudad a la que nos hemos aproximado deja ver los rituales de celebración: en *La ciudad de los milagros y las fiestas* (Pérgolis et al, 1998) quisimos ver los comportamientos de los seguidores del culto, muchas veces oculto, y de los seguidores de la rumba. Rituales en los que la acción de celebración religiosa, une a las personas en una comunidad que por un momento sienten única: desde la de los hombres que suben descalzos el cerro de Monserrate, hasta la de las nuevas iglesias que colonizaron los grandes teatros, como el Trevi que cambió aquella imagen de *Betty Blue* de los años ochenta por frases referidas a Dios. Quisimos indagar por la ciudad de los jóvenes: ¿cómo la representan? ¿Qué imagen han logrado construir de ella? Por eso acudimos a sus *Relatos de ciudades posibles* (Pérgolis et al, 2000), título de la investigación realizada para el Instituto para la Investigación Educativa y el Desarrollo Pedagógico-IDEPE, a partir de la relación entre ciudad educadora y escuela. Allí encontramos, una vez más, múltiples imágenes: de la ciudad escenario para el amor a la violenta, de la ciudad distante que sólo se ve a través de la ventanilla de un bus a la vista interminable desde lo alto del cerro. También encontramos la no ciudad ausente, la que se relataba solamente a partir de los espacios cerrados.

La ciudad que hemos querido ver, pasa entonces, por el espacio tridimensional de la arquitectura, por el cuerpo de la ciudad y también por su piel. Así la ciudad aparece poblada de personajes, de acontecimientos, de callejuelas que no conducen a ninguna parte o que se abren como autopistas para nuestro recorrido. Hemos visto la ciudad de los espacios públicos, los territorios en donde los rituales de la fe, o de la celebración, son protagonistas, la ciudad de los viajeros: del tranvía de mulas, a finales del siglo XIX, a los relatos que nacen en el interior de las busetas con los que sin duda se identifica nuestra Bogotá.

Más allá de nuestro interés por la forma nos ha interesado ver qué ocurre en el intercambio, en el trueque de deseos, de miradas, de bienes simbólicos, con los que construimos nuestras vidas, esas pequeñas historias en donde confluyen nuestros imaginarios. Por eso miramos las ciudades escritas y las ciudades invisibles: “una ciudad es un mundo, cuando amamos a uno de sus habitantes”, se lee en *Justine* (Durrell, 1962), una de las piezas del *Cuarteto de Alejandría*, frase que por mucho tiempo fue casi una hipótesis en nuestra investigación.

Una travesía

Como toda travesía, la nuestra implicó movernos hacia puntos que, en un principio vimos lejanos, o nos dejamos llevar por la dinámica urbana: por sus ruidos, sus derivas, sus croquis, también nos llevó a desandar pasos, a reescribir con la consciencia de que la escritura, como lo señaló Borges, es un ejercicio de reescritura permanente. Reescribir sobre las mismas ideas, analizar los mismos rituales, fabular las conversaciones en los mismos escenarios y, sin duda, enfrentarnos a esos personajes que saltan de la realidad a la idea inútil de querer dibujarlos con palabras a través de un texto.

Son muchos los pasos que, durante estos años, hemos dado dentro de ese universo: arquitectura, ciudad, recuerdos y literatura, elementos que se entrelazan en una travesía que nos empuja hacia diferentes puntos de fuga que, como en un laberinto, nos llevan, muchas veces al mismo punto o, si contamos con suerte, podemos salir por alguna de las grietas y sentir que ese objeto de estudio está cerca o simplemente se nos ha alejado una vez más, como si solo ayer hubiéramos empezado a reflexionar en torno a él.

No vemos un espacio público independiente, autónomo, cuya importancia esté dada exclusivamente por las formas, como tampoco vemos o hemos querido construir un metarrelato que explique o que trate de explicar el presente o el futuro de nuestras ciudades. En cambio, vemos un espacio público cargado de sentido, de sentidos, de acciones simbólicas, y consideramos que más allá de ese discurso “moderno” que quiso y quiere explicar la ciudad, es posible apelar al relato, a los relatos, porque precisamente a través de ellos podemos descubrir el sentido que tiene el espacio urbano.

Los primeros años de la travesía estuvieron orientados por tres planteamientos que nos sirvieron como derroteros para la reflexión: el primero indicó

que la fragmentación fue un proceso que no solo incidió en las nuevas tipologías urbanas sino en la forma de aprehensión del entorno. En el segundo vimos que a través del relato (la narrativa) se puede acceder a la forma de apropiación y conocimiento del ámbito urbano. Y el tercero nos enseñó que el relato se configura a partir de la satisfacción de los deseos. De esta manera el espacio físico sirve de soporte material para encontrar a través de las narraciones el sentido de la ciudad.

Hemos acudido una y otra vez a la literatura, a esas ciudades escritas en donde el territorio ciudad se convierte en protagonista o en telón de fondo de personajes; acudimos a ella porque es el momento en donde el discurso de la ciudad deviene en obra literaria. Nos hemos detenido en las ciudades invisibles, en las trilogías o en los cuartetos. En las palabras que inmortalizaron momentos históricos. Recurrimos a la literatura porque en ella encontramos esos relatos de las ciudades y porque con ella, cuando nos lo hemos propuesto, hemos intentado crear nuestra propia narración: narrar la arquitectura, la ciudad, los espacios, pero sobre todo, las historias mínimas de los personajes anónimos.

La ciudad narrada

En un diálogo permanente con sus habitantes la ciudad se convierte en objeto para la realización de múltiples deseos; la intensidad de esos deseos y la emoción de su satisfacción son imborrables, son huellas en el inconsciente de cada uno de sus habitantes y en el colectivo de la ciudad: son su memoria. Por ese motivo, encabezamos este texto citando las palabras con que Italo Calvino define a Isidora, una de las ciudades invisibles que Marco Polo describe a Jublai Kan: una ciudad que personifica el deseo de *ciudad* que nos asalta, como al personaje de Calvino.

No puede haber deseo sin una huella previa, sin un anhelo: conocemos la ciudad por una experiencia primaria con ella, o anhelamos la ciudad que conocemos a través del relato del otro, de los otros: el viajero

emprende su recorrido con una idea previa de lo que podría encontrar; y así como tenemos una idea previa para el amor, con el tiempo también hemos consolidado un arquetipo de ciudad: lugar de *transformaciones*, porque en la interacción de esos múltiples deseos, se abren las puertas para la realización de los nuestros.

En ese encuentro: entre el sujeto y el objeto deseado (en este caso la ciudad), como en todo encuentro, se produce un proceso de comunicación que lleva a la satisfacción; porque un deseo es un vacío, algo que falta en la vida de los ciudadanos, la huella de algo que no se tiene y nos lleva a buscarlo más allá de nosotros mismos; podríamos llamarlo el “deseo de ciudad”, un impulso que implica no solamente el reconocimiento del espacio que nos rodea, sino también la apropiación psicológica de ese espacio y la capacidad de reconocernos, en él, como parte de la comunidad.

El deseo colectivo de ciudad pasa, sin duda, por el *espacio público*, porque es allí —y solamente allí— donde el ciudadano puede sentirse en un entorno urbano, donde a la vez logra reconocerse como parte de la ciudad y a la ciudad como parte de él. Es en el espacio público donde se siente integrado a una comunidad, hace parte de ella y ella es su marco de referencia. Como ocurre con el objeto de deseo, solo sentimos que “conocemos” la ciudad, que nos “pertenece”, cuando creemos haber develado sus secretos; cuando reconocemos sus espacios públicos: sus calles, sus alamedas, sus plazas, sus monumentos; los espacios para la permanencia y para el recorrido; cuando, a diferencia del turista, podemos recorrerla a partir de la travesía, con la agilidad del croquis, en oposición a la solemnidad del mapa.

Es imposible hablar de la ciudad sin hablar de su arquitectura, es decir de sus formas, porque en la satisfacción de los deseos, la materialización de la fantasía cobra un papel preponderante. Ocurre lo mismo con la relación entre el espacio público y la ciudad: en él se materializa la atmósfera de vida urbana, en él ocurren esas historias mínimas que transforman a los personajes y en él ocurren esas congregaciones colectivas en donde se manifiestan los ciclos de celebración:

“... en Diomira, ciudad con sesenta cúpulas de plata, estatuas en bronce de todos los dioses, calles pavimentadas de estaño, un teatro de cristal, un gallo de oro, que canta todas las mañanas sobre una torre [...] los días se acortan y las lámparas multicolores se encienden todas juntas sobre las puertas de las freiduras, y desde una terraza una voz de mujer grita: ¡uh!, se pone a envidiar a los que ahora creen haber vivido ya una noche igual a ésta y haber sido aquella vez felices” (Calvino, 1984: 17).



Arriba. Estambul.
Foto cortesía: Alfonso Guzmán Pinto.

A ese deseo, muchos autores lo llaman deseo de identidad, como Orhan Pamuk, quien así define su relación con Estambul:

“... lo que a mí me ha determinado ha sido permanecer ligado a la misma casa, a la misma calle, al mismo paisaje, a la misma ciudad. Esa dependencia de Estambul significa que el destino de la ciudad era el mío porque es ella quien ha formado mi carácter” (Pamuk, 2009: 16).

Por mi parte, me identifico con Bogotá, porque al recorrerla puedo satisfacer mis deseos, encuentro lo que busco detrás de una puerta desvencijada; me puedo perder en su anonimato, me sorprende con ese reflejo naranja que, en las tardes de verano, se difumina sobre el verde de los cerros tutelares.

Muchas veces nos hemos preguntado: ¿Por qué para hablar la ciudad recurrimos a la literatura? ¿Por qué es más emocionante referirnos a la ciudad desde la literatura, que desde un estudio urbanístico empeñado en cuantificar los ritmos de la ciudad? Nuestra respuesta bordea, casi siempre la misma línea y pese a que sabemos que son muchos los argumentos que podríamos utilizar para dar respuesta, el más preciso quizás sea el que la literatura refleja los espacios y les da vida; permite pasar de las formas al sentido que le damos a esas formas: es el nivel emocional

que define nuestras relaciones, porque la literatura crea atmósferas, hace que los espacios se pueblen de personajes y de acontecimientos.

Es allí, en esa experiencia con el espacio narrado a partir de atmósferas, en donde el espacio público deja de ser una simple *forma* para *trans-formarse* en un espacio lleno de sentidos: espacios simbólicos, en donde los deseos se encuentran: se producen trueques de palabras, de miradas, de gestos. Son procesos de comunicación estructurales: entre quien diseñó el espacio y sus usuarios, los lectores; y procesos mínimos de quienes dentro de ese espacio protagonizan acontecimientos. Así, la literatura da vida a los espacios.

La vida en la ciudad no surge de sus formas significantes, por reconocidas y monumentales que sean, sino de los acontecimientos que ocurren entre ellas: esta interacción de los habitantes con el espacio y recíprocamente, del espacio con ellos va más allá de la idea de identidad, alcanza un horizonte de sentido: *el sentido de la vida en la ciudad*, es lo que Julia Kristeva y otros semiólogos definen como la *práctica con el significante*. La literatura teje trazos con palabras, describe detalles y a la vez da sentido a los escenarios a través de las escenas: “Yo soy el único espectador de esta calle; si dejara de verla se moriría”, señaló Borges en el poema *Caminata* (Borges, 1987).

Hace más de diez años, en un artículo para el *Magazín Dominical* de *El Espectador*, sostuvimos que para que una comunidad encuentre el sentido del espacio en que habita, necesita una instancia simbólica, que siempre se supuso como consecuencia de las formas de la ciudad; esto es la capacidad simbolizante de los monumentos (la Torre Eiffel en París, la Puerta de Brandenburgo en Berlín, etc.), sin ver que los monumentos, sin la particularidad de la vida de la ciudad que los rodea son simples signos y no símbolos.



Por eso una ciudad como Bogotá, carente de grandes monumentos (que son portadores de la identidad urbana) encuentra sus símbolos en los sucesos de la vida cotidiana, en los acontecimientos que aparecen en los vacíos, en las tensiones entre las masas, en ciertos ritos, en los puntos móviles de encuentro, en los eventos que ocurren en los espacios públicos, más que en la identidad formal de estos.

Arriba. Buenos Aires. Foto cortesía: Alfonso Guzmán Pinto.

Es cierto que la ciudad necesita símbolos, pero no necesariamente formas simbólicas. Eso es lo que Bogotá nos demuestra. Algún día recordaremos más el ambiente anaranjado de sus atardeceres, el reflejo de ese color sobre la piel de vidrio de algún edificio que la presencia de muchos santuarios que no nos dicen nada; tal vez, recordaremos la falta de sombras bajo el cielo gris en la ciudad de ladrillos, que muchas de sus construcciones con este material. Recordaremos uno de sus arco iris más que alguna de las obras arquitectónicas con que hemos querido adornar nuestro entorno urbano.

Si la ciudad fuera sólo la forma, sólo el espacio, carecería de identidad, por eso la vida de la ciudad supera la instancia denotativa del signo, y quizás se acerca a aquella observación de Jung sobre la forma arquetípica de relacionarnos con el mundo, y que se dispara cuanto algún elemento o suceso exterior se identifica con el arquetipo que llevamos en el interior, ese elemento o ese episodio adquieren capacidad simbolizante, pero además, adquieren un valor poético: “Una ciudad que no tenga aspiraciones de belleza termina siendo fea... La gente ha de valorar y apreciar la belleza de la ciudad que habita”, lo puntualizó no un escritor, ni un teórico de la ciudad, sino el urbanista Joan Busquets.

En su obra *Estambul*, Pamuk nos sigue dando pistas para desentrañar el sentido de ciudad que queremos configurar: “Todo el que siente curiosidad por darle un significado a la vida se ha preguntado al menos una vez por el sentido del lugar y el momento en que ha nacido” (Pamuk, 2009: 17). Esa curiosidad pasa por el espacio público urbano en donde tejemos imágenes de ciudad y en donde se producen los acontecimientos. Esa curiosidad nos lleva a deambular, impregnados con el deseo del saber, por los diferentes espacios urbanos. Indagamos por las características de nuestra época (o de las distintas épocas) e indagamos por las particularidades del territorio. Nos reconocemos en el espacio público, él nos entrega una visión clara de la época en que vivimos; nos produce identidad: en los lugares y los momentos, eso es algo que no pasa por los ámbitos privados, sino por aquellos que contienen a la comunidad y sus manifestaciones: sus costumbres.

Muchas veces hemos citado al teórico italiano Marco Romano que señala que nunca en la historia de occidente hubo sociedades más ricas y con mayores posibilidades de tecnología y comunicación, sin embargo nunca hubo sociedades con menos sentido de lo colectivo y por lo tanto, con menos sentido y presencia de ciudad. Observando las construcciones de finales del siglo XIX, Romano se pregunta: ¿qué testimonios deja nuestra sociedad para las futuras generaciones? y concluye que:

“Así como el deseo de amar está impreso en el alma hasta que encuentra su objeto, así el deseo de las cosas colectivas existe en lo más íntimo de las personas y lo que lo despierta es algún objeto al que pueda darle un nombre que lo identifica” (Romano, 1988).

Ese objeto colectivo que señala Marco Romano es la bisagra entre la sociedad y su territorio: es *la ciudad*, expresada a través de sus espacios públicos:

“Para ser reconocidas por los ciudadanos, entre los signos de su sentimiento de pertenencia a una colectividad, las cosas colectivas deben mostrarse como objetos que vienen de lejos y van lejos, porque nadie confiaría el sentimiento de su propia identidad en objetos recién inventados, sin raíces y sin futuro” (Romano, 1988).

Ante ese objeto colectivo —lo público— que satisface el deseo de ciudad al permitir el reconocimiento de cada uno de nosotros con el contexto, podemos identificar dos maneras de relacionarnos: la primera, busca proteger lo propio, pero no como un significado colectivo, sino como una pertenencia exclusiva, se refiere a las frases que hablan de “lo mío” o de lo “nuestro”, pero con el sentido de apropiación en donde sólo se incluyen unos pocos, esa relación entre pares que, a finales de los noventa, algunos estudios antropológicos denominaron: tribus urbanas. Experiencia que la literatura ya había retratado:

“Nacimos en esta calle, a una cuadra de la octava, muy cerca del centro; comienza desde la 21, la única entresalida y no termina en la segunda, como sería lo normal, sino en la vieja casona de misiá Concepción, que se cruza de pronto y le cierra el porvenir” (Valverde, 1995: 15).

La experiencia con la ciudad se cierra a una calle, no a la totalidad, ni al barrio, sino a la calle, en este caso: *la calle mocha*: “Nuestros recuerdos están tirados por toda la calle” (Valverde, 1995: 15). La otra manera de entender esa relación con lo colectivo surge del temor al otro, al “diferente”. El conjunto cerrado, el club, el centro comercial, aseguran la homogeneidad de los concurrentes (al menos por sus posibilidades frente al consumo), allí no hay *diferentes*. Estas dos maneras de relacionarse con el espacio corren el riesgo de producir segregaciones y fraccionamientos, que reflejan el pensamiento de una sociedad que se apoya en el temor como justificación para la segregación; caminos que corren el riesgo de *no reconocer* al otro. La ciudad, como espacio político y público, debe plantearse la posibilidad de ser incluyente a la diferencia: “Buenos Aires, / que antes se desgarraba en arrabales/ hacia la llanura incesante, / ha vuelto a ser la Recoleta, el Retiro, / las borrosas calles del Once/ y las precarias casas viejas/ que aún llamamos el sur” (Borges, 1977).

La idea de “lugar” es la categoría más representativa cuando hablamos de los espacios públicos: El lugar llega a tener un significado colectivo por su

reconocimiento y es, por lo tanto, un generador de sentido en la vida urbana, escenario de deseos y proveedor de huellas en la comunidad por la intensidad de las interacciones que allí se desarrollan. Por ese motivo, el lugar está conformado no sólo por el espacio, sino también —o quizás principalmente— por las prácticas que allí se desarrollan. Cualquiera sea su tamaño: el gran parque, la plaza urbana, la pequeña plazoleta que articula dos tramas, el pequeño ámbito de la esquina o el rincón que las prácticas convierten en lugar, dejan ver que en ellos no cabe lo individual, y la privatización de estos escenarios de la ciudad o su apropiación por determinados sectores evidencia una patología en el concepto de comunidad.

Un claro ejemplo de de la importancia de la práctica que convierte al espacio en lugar, lo constituyen en la historia de Bogotá el altozano de la catedral o la esquina de *El Tiempo* (hoy esquina de *City TV*), que fueron importantes *lugares* de encuentro y reunión: el primero, a fines del siglo XIX y el segundo, a mediados del siglo XX, aunque en ambos casos se trata de aceras, espacios propios de los tránsitos, que la práctica convirtió en lugares: “Al frente de la cuadra donde está la catedral hay una plataforma elevada, ancha y plana, el altozano, con escaleras de piedra para bajar a la plaza. Es el sitio más concurrido de Bogotá”, escribió el viajero Isaac Holton a mediados del siglo XIX (Holton citado por Mejía Pavoni, 2000: 312). “Todo cuanto la ciudad tiene de notable en política, en letras y en posición [...] toda la actividad de Bogotá, en un centenar de metros cuadrados, tal es el altozano” observó el embajador Miguel Cané en sus notas de viaje de 1881 (Cané citado por Mejía Pavoni, 2000: 193).

Los espacios para los desplazamientos constituyen la segunda gran categoría del espacio público y comprenden dos modalidades: los *tránsitos* y los *recorridos*, ambas igualmente importantes y representativas de lo colectivo. El tránsito es un pasar, un desplazamiento casi inconsciente por algún lugar de la ciudad (los caminos se hacen al andar, afirmó el poeta Machado). Los espacios para el tránsito tienen un fuerte reconocimiento y generan una gran recordación, porque el pasar es una práctica que los convierte en escenarios.

Recorremos la ciudad, los espacios públicos de la ciudad, con la misma curiosidad con la que recorremos la piel de la persona amada, con la esperanza de descubrir un nuevo pliegue, un detalle que nos conduzca a un punto de fuga o de profundización en esa piel: buscamos no lo que cubre, sino lo que está por debajo de la piel; en ese momento el objeto de deseo —la ciudad— cobra sentido para nosotros. Así en el recorrido por la ciudad damos saltos, desandamos pasos perdidos, “olvidamos”



Arriba. New York. Foto cortesía: Lilliana Morales.

territorios, grabamos otros, abrimos puertas, nos escondemos. Nuestra curiosidad, sobre ese teatro de puertas abiertas, que es el territorio urbano, no desaparece y nos sentimos miembros de una comunidad cuando al lado de nuestros pasos sentimos los de los demás, sentimos la presencia de otro.

En sus textos, Paul Auster y Henry Miller nos muestran esa idea de tránsito. La ciudad se convierte en una aventura constante; la magia del desplazamiento inconsciente que nos ofrece la ciudad, se evidencia de una manera asombrosa:

“Nueva York era un espacio inagotable, un laberinto de interminables pasos, y por muy lejos que fuera, por muy bien que llegase a conocer sus calles y barrios, siempre le dejaba la sensación de estar perdido. Perdido no solo en la ciudad sino dentro de sí mismo” (Auster, 1996: 10).

“Las calles de París eran mi refugio y nadie entiende el encanto de las calles hasta que no se ve obligado a refugiarse en ellas, hasta que no se ha convertido en una paja arrastrada de aquí para allá, arrastrado por cualquier céfiro que sopla” (Miller, 1977).

Los recorridos, también se realizan por los espacios para el desplazamiento pero implican una acción consciente. Los recorridos son la principal herramienta para conocer la ciudad, porque el

único modo de conocer o acceder a un territorio es a través de los desplazamientos conscientes que hagamos en él. A la ciudad, como territorio, sólo podemos acceder recorriéndola:

“Aquella misma tarde y después de muchos años, el teniente había vuelto a visitar el viejo Barrio Chino de La Habana, convocado ahora por uno de los gajes habituales de su oficio [...] Por eso, mientras viajaba en una guagua [...] con la cara hacia la ventanilla y los ojos puestos en las alturas, preparados para descubrir frontones, arcos elevados y plantas altas en sitios que, cuando andaba al nivel del suelo, resultaban inaccesibles a su mirada y a su interés...” (Padura, 2003: 4).

“A Ítaca debes el maravilloso viaje. Sin ella no habrías emprendido el camino [...] Hoy que eres sabio, y en experiencia, rico, comprendes que significan las Itacas” (Kavafis citado por Pérgolis & Moreno, 1998: 106), esta es una bella cita para mostrar que más importante que el punto de destino es el recorrido que se hace para llegar a él; porque el recorrido es la experiencia de la vida, el recorrido es la experiencia de la ciudad. “Sólo había que bordear el río Arzobispo, siempre plácido y centelleante [...] y luego de caminar por aquí y por allá entre casas cuidadas con esmero, paredes blancas, antejardines con rosales y begonias...” (Díaz Granados, 2006: 34).



Arriba. Estambul. Foto cortesía: Alfonso Guzmán Pinto.

La ciudad mantiene vivo el deseo a través de la enorme variedad de imágenes que ofrece. Porque la ciudad es el terreno de la multiplicidad; sus imágenes rebasan nuestra capacidad para asimilarlas y nos exigen seleccionar. A través de los recorridos escogemos algunas imágenes por su capacidad simbolizante y a partir de ellas confeccionamos nuestros croquis que son tanto de la ciudad como de cada uno de nosotros ya que en ellos volcamos el anhelo por la piel del cuerpo de la ciudad.

Muchas veces hemos definido el espacio público de la ciudad a través de su trama, articulada en calles y plazas y las hemos analizado a partir de sus formas: la linealidad y simetría axial de la calle y la centralidad y simetría radial de la plaza, sin embargo hemos observado también, que la calle es el lugar de las manifestaciones que concurren a las concentraciones en la plaza; la calle es el lugar de los paseos y la plaza el de los eventos; en términos de comercio la plaza es el lugar para el mercado y la calle para el “vitrianeo” o recorrido entre almacenes; por último la calle es el lugar para la vivienda así como la plaza lo es para los edificios monumentales, en su mayoría representaciones del poder.

En ese análisis subyace la presencia de las *personas*: los que compran y venden en el mercado, los que integran la manifestación mostrando una idea o los que se concentran en la plaza, dejando ver el peso de esa idea. Pero las personas que integran el espacio público son todas, y si alguien quedara por fuera, éste perdería su principal característica: ser incluyente de toda la comunidad. La ciudad se define y reconoce a través de sus espacios, pero más aún a través de su gente, la multitud que ocupa sus espacios en las actividades cotidianas: ¿Cómo se encuentran, cómo viajan, dónde se encuentran, de qué hablan cuando se encuentran? Esa gente que en sus prácticas con el espacio público —en lo colectivo— definen el sentido de la vida, hacen la diferencia entre una ciudad y otra.

“El blanco y negro de la gente que regresa a casa las tardes de invierno después de que caiga la oscuridad prematura despierta en mí la sensación de que pertenezco a esta ciudad, de que comparto algo con ellos. Siento como si la oscuridad de la noche fuera a cubrir la pobreza de la vida, las calles y los objetos” (Pamuk, 2009: 50).

La ciudad se hace y se puebla de seres cotidianos, esa es su vida, el encanto de su diario vivir, más allá de los acontecimientos singulares que marcan hitos



Arriba. *New York.*
Foto cortesía: Liliانا Morales.

sobre ese transcurrir, porque la vida en los espacios de la ciudad no transcurre en fechas especiales o a través de acontecimientos singulares, que si bien pueden marcar su historia, no representan su vida diaria, allí donde “La memoria es redundante: repite los signos para que la ciudad empiece a existir” (Calvino, 1984: 30).

El hombre que toca el saxofón en una esquina de Nueva York o el que toca la quena en una estación del metro de París, no representa a los habitantes de esas ciudades ni a su vida cotidiana, son un elemento del paisaje, tal vez un sonido en el trajinar diario. El horizonte de sentido de la ciudad no pasa por los personajes extravagantes sino por los miles de seres anónimos que encuentran en el espacio urbano la satisfacción —o la insatisfacción— de sus deseos. El sentido de la vida en la Bogotá cachaca no pasaba por la loca que corría detrás del tranvía, ni el de Londres pasa por el orador anónimo que concentra un pequeño público en *Hyde Park*.

“En el ferry iba un viejo tocando violín. Tenía una cara de mona, toda torcida de un lado [...] Bud Korpenning sentado en la barandilla, de espaldas al río, le miraba [...] La brisa le alborotaba el pelo alrededor del borde ajustado de su gorra [...] pero cuando el ferry se alejó del embarcadero, sintió por todas sus venas un cálido hormigüeo” (Dos Passos, 2006: 13).

Este énfasis en el reconocimiento del espacio público como ámbito del sentido de la vida urbana a través del diario vivir, no excluye los *acontecimientos*, ya que estos son emociones que quedan impresas en la memoria y muchas veces articulan la historia. Miremos sus particularidades: la ciudad puede ser recordada por un gran evento colectivo o por una emoción individual que graba la imagen y crea el recuerdo, en ambos casos el espacio público es el marco para la escena: el espacio de la existencia.

“La ciudad se paralizó como si se hubiera sumido bajo tierra para no escuchar el sonido de la voz humana. No se puede convocar al silencio impunemente, sin que el hombre explote en pedazos y en su interior no sienta deseos iracundos de gritar y de salir corriendo. Y surgió de la quietud un silencio inmenso, desconocido, inatrapable porque el eco de su paso se perdió definitivamente, al comenzar a caminar miles de personas...” (Alape, 1998: 91).

“En mi infancia la nieve era una parte inseparable de Estambul. De la misma forma que algunos niños esperaban impacientes ir de viaje durante las vacaciones de verano, cuando era niño yo esperaba que nevara [...] como los días nevados de invierno, la ciudad y sus habitantes se desinteresaban del resto del mundo y se encerraban en sí mismos con sus problemas, a mí me daba la impresión de que Estambul estaba más desierto y de que se acercaba un poco más a los viejos días de los cuentos” (Pamuk, 2009: 55).

No hay dudas de que este párrafo de *Estambul* narra un acontecimiento urbano, sin embargo es un acontecimiento individual que evidencia que la levedad de la narrativa deja entrever el sentido de la vida en la ciudad, en sus espacios.

Conclusiones

La literatura con su capacidad para sugerir imágenes y transmitir emociones muestra el sentido de la vida a través de pequeños acontecimientos que se convierten en hitos en la memoria a nivel individual y que la narrativa convierte en momentos, en lugares de encuentros. Porque cuando la memoria se convierte en imágenes se pueden comunicar los recuerdos: las imágenes transforman la memoria en palabras y estas permiten compartir los recuerdos. “Recordar juntos es crear memoria colectiva” (Halbwachs, 1992: 4).

Referencias

- ◆ Alape, Arturo (1998). “El 9 de abril: muerte y desesperanza” en VV. AA. *El saqueo de una ilusión*. Bogotá: Ediciones Número.
- ◆ Auster, Paul (1996). *La trilogía de Nueva York*. Barcelona: Anagrama.
- ◆ Borges, Jorge Luis (1977). *Obras completas*. Barcelona: Emecé.
- ◆ Borges, Jorge Luis (1987). “Caminata”. *Jorge Luis Borges Obra Poética 1923-1977. Fervor de Buenos Aires*. Buenos Aires: Alianza Emecé.
- ◆ Calvino, Italo (1984). *Las ciudades invisibles*. Barcelona: Minotauro.
- ◆ Díaz Granados, José Luis (2006). *Los años extraviados*. Bogotá: Planeta.
- ◆ Dos Passos, John (2006). *Manhattan Transfer*. Barcelona: Debolsillo.
- ◆ Durrell, Lawrence (1962). *Justine*. Buenos Aires: Sudamericana.
- ◆ Halbwachs, Maurice (1992). *On collective memory*. Chicago: The University of Chicago.
- ◆ Mejía Pavoni, Germán Rodrigo (2000). *Los años de cambio. Historia urbana de Bogotá 1820-1910*. Bogotá: Centro Editorial Javeriano CEJA.
- ◆ Miller, Henry (1988). *Trópico de cáncer*. Madrid: Cátedra.
- ◆ Padura, Leonardo (2003). *La cola de la serpiente*. Madrid: Tusquets.
- ◆ Pamuk, Orhan (2009). *Estambul*. Barcelona: Debolsillo.
- ◆ Pérgolis, Juan Carlos & Moreno, Danilo (1998). Ciudad y ciudadanía en Colombia a fines del siglo XX. *Nómadas*, N° 9: 105-113.
- ◆ Pérgolis, Juan Carlos (1998). *Bogotá fragmentada, espacio y cultura urbana a fines del Siglo XX*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- ◆ Pérgolis, Juan Carlos; Orduz, Luis Fernando & Moreno, Danilo (1998). *La ciudad de los milagros y las fiestas*. Bogotá: Observatorio de Cultura Urbana.
- ◆ Pérgolis, Juan Carlos; Orduz, Luis Fernando & Moreno, Danilo (2000). *Relatos de ciudades posibles*. Bogotá: Fundación para la Investigación y la Cultura Urbana en América Latina.
- ◆ Romano, Marco (1988). “Cittadini senza città”. Ponencia en *XVII Triennale di Milano: Le città del mondo e il futuro delle metropoli*. Milán: Electa.
- ◆ Valverde, Umberto (1995). *Bomba camará*. Bogotá: Arango Editores.



Izquierda. *Estambul*.
Foto cortesía: Alfonso Guzmán Pinto.